

LA PIEDRA QUE ERA CRISTO

*“ Acérquense, pues, al Señor,
la piedra viva que los hombres desecharon,
pero que para Dios es una piedra escogida y de mucho valor.”*

1ª. Pedro 2: 4.

De niño asistía con mis padres a la pequeña iglesia cristiana evangélica que había en Guarenas y oía a los feligreses entonar, con especial reverencia, el solemne himno: **“Roca de la Eternidad”**. Para ese entonces, yo no sabía que tal himno provenía de un clásico de la liturgia protestante anglosajona (“Rock of all ages”) y, francamente, no reflexionaba en que esa figura de “la roca” se refería, con acertado énfasis, a Jesús El Cristo, el Salvador del mundo.

La alegoría en cuestión no era fruto de una extravagancia mística, de hecho, se encuentra en los dos Testamentos de la Escritura Bíblica... Y acontece, de manera tal, que en ella convergen tanto profetas como apóstoles... Dicho en otras palabras: La Biblia presenta a Jesucristo como **“la piedra fundamental”** sobre la que se construye Su Iglesia y, con la que tropiezan los que tejen otras alternativas alrededor de **“la única persona por la cual podemos ser salvos”** (Hechos 4: 12).

En una ocasión, el mismo Señor Jesús se dirigió a la multitud que se había congregado alrededor de su persona para oírle, y le contó una parábola... La parábola fue la del dueño de un viñedo que, estando de viaje por largo tiempo y viendo que los labradores mataban a sus emisarios, decidió un día **“enviar a Su Hijo querido...”**. Según la historia, aconteció que a éste, también **“lo sacaron del viñedo y lo mataron”**. (Luc. 20: 9 - 15).

El evangelista nos cuenta que: cuando los sacerdotes y los maestros de la ley oyeron la parábola, hubo indignación entre ellos, por lo cual Jesucristo les preguntó: **“Entonces qué significa esto que dicen las Escrituras... La piedra que los constructores despreciaron se ha convertido en la piedra principal?”** (Luc. 20: 17). El relato termina diciéndonos que los sacerdotes y los maestros de la ley quisieron arrestarlo, pero no lo hicieron porque tuvieron miedo de la gente.

En esa exposición, Jesús se presentaba como el Hijo del **“dueño del viñedo”** y se atribuía para sí la trascendente alegoría de ser El **“la piedra principal”** de la que había escrito novecientos años antes el salmista (Sal. 118: 22), y que ahora estaba siendo rechazada por la elite religiosa.

Ya luego, cercano el momento de su sacrificio redentor y, ante la declaración de Pedro que le identificaba como **“El Mesías, el Hijo del Dios viviente”**, Jesús afirmó que: sobre esa piedra construiría **“Su Iglesia”**! La relación era pues directa: se trataba de **“Su Iglesia”** porque se edificaría sobre El, **“la piedra escogida y muy valiosa”** de la que escribiera por revelación el profeta Isaías. (Isa. 28: 16).

Este concepto resultó central en la doctrina de la Iglesia del primer siglo. Por ello, y cuidando cualquier temprana desviación de la Fe, el Apóstol Pablo escribió a los cristianos que se congregaban en una ciudad griega: **“Nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, que es Jesucristo.!”** (Efe. 2: 21).

La tarea eclesial se limitaría por lo tanto, a construir sobre esa base cuya piedra angular no debía ser cambiada... Su unicidad era absoluta y no podría ser substituida ni dar lugar a sucesiones imperfectas de naturaleza humana.

Si recordamos bien, en el momento mismo de la mencionada declaración pronunciada por el Apóstol Pedro, Jesús se apresuró a aclarar que tal verdad ni siquiera era producto del discernimiento o juicio del impetuoso Apóstol, sino que era una revelación del Padre Celestial... **“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque lo que has dicho no te lo reveló carne ni sangre sino mi Padre que está en los cielos...”** (Mat. 16: 17).

Sin embargo, tradiciones posteriores exaltaron (en su interpretación) un hecho fonético y ubicaron al Apóstol Pedro como la piedra sobre la cual se debería levantar la Iglesia de Jesucristo, en función de una supuesta designación vicaria por parte del mismo Señor Jesús.

El error hermenéutico era *per-se* evidente pero muy pronto se complicó pues, unido al factor **“fundamento”** que nos ocupa, la alta curia introdujo el elemento del “Sumo Sacerdocio” y, como si fuera poco, pasó a inventarle una “cadena sucesorial”, que le dio al asunto caracteres de interminable tragedia griega.

En relación al Sumo Pontificado que la Iglesia Católica de Roma endosa a San Pedro y a los más de doscientos cincuenta Papas vaticanos, tan solo quisiera acotar que tal audacia raya en lo herético pues resulta totalmente ajena a la cristología neotestamentaria.



Al hablar de Sumo Sacerdocio, nos estamos refiriendo precisamente al rol que cumple actualmente nuestro Señor Jesucristo, a la derecha del Trono de Dios, oficiando a nuestro favor... Este “Sumo” privilegio de ser el Sumo Sacerdote **“para siempre”** y ejercer Su Pontificado en el mismísimo **“Santuario de Dios”** es algo que le pertenece tan solo a nuestro Señor, desde aquél día en que, resurrecto, penetró los cielos para **“llenarlo todo con Su presencia gloriosa”**.

En el libro a Los Hebreos, el escritor sagrado nos advierte que: **“Lo más importante de lo que estamos diciendo es que nuestro Sumo Sacerdote es de tal naturaleza que se ha sentado en el cielo, a la derecha del Trono de Dios, y oficia como Sacerdote en el verdadero santuario, el que fue hecho por El Señor y no por los hombres.”** (Heb. 8: 1,2).

Ya en un párrafo anterior de la carta mencionada se nos especifica que los anteriores Sumos Sacerdotes del pueblo judío fueron muchos porque la muerte les impedía seguir ejerciendo esa función ante Dios pero que, ahora, con Jesús nuestro Señor, las cosas han cambiado radicalmente y para siempre pues: **“como Jesús no muere, Su oficio sacerdotal no pasa a ningún otro.”** (Heb. 7: 24).

Así pues, según La Biblia, el Sumo Pontificado solo le pertenece al Señor Jesucristo, el que fue crucificado, resurrecto y glorificado por el poder de Dios. Tal nominación y función no pueden ser, de ninguna manera, transferibles a hombre alguno sin atentar contra el evangelio mismo... **Jesús**, El Cristo, fue **“ungido”** por el mismísimo Dios (Sal. 110: 4), que no por elección de colegio cardenalicio alguno, y Su unicidad como Sumo Sacerdote **“para siempre”** (Heb. 7: 21) depende de Su naturaleza, de Su encarnación, de Su muerte, de Su resurrección y de Su ascensión a los cielos. Hora menguada cada vez que algún hombre se eleve como Sumo Sacerdote ante Dios.

Ahora bien, con lo antedicho no pretendemos subestimar el papel protagónico del Apóstol Pedro en el nacimiento de la Iglesia “primitiva”. Su liderazgo en la emergente comunidad cristiana se

hizo sentir desde el mismo primer día de la fiesta de Pentecostés en Jerusalén. Por medio de sus sermones, llenos del poder del Espíritu Santo, “*El Señor añadía a la Iglesia a los que iban siendo salvados.*” (Hechos 2: 47).

En caso de que Pedro hubiera sido objeto de alguna designación especial por parte del Señor Jesús, ésta tuvo que referirse a su importante función pastoral y evangelista en los primeros años de predicación y afirmación del evangelio, “*principalmente entre los judíos*” (Gal. 2: 1-10). Bien conocidas son sus intervenciones públicas, sus milagros y sus prisiones que tuvieron lugar durante los años de liderazgo que compartiera con los Apóstoles Juan y Santiago (el hermano del Señor Jesús) en la iglesia de Jerusalén (Gal 2: 9)... la documentación bíblica no le otorga, en ningún momento, una función de Supremo Obispado en la iglesia primitiva.

Con el pasar del tiempo, después del martirio de Esteban y de la ejecución de Santiago (el hermano de Juan) a manos del rey Herodes, comienza a escasear la información confiable acerca de la vida de San Pedro. Existen tan sólo algunas espaciadas referencias que sobre él nos aportan Clemente, Pablo, Orígenes y Lucas. Sabemos por La Escritura de cómo fue enviado por los apóstoles para atender a los nuevos creyentes que se añadían a la iglesia del Señor en la región de Samaria (Hechos 8: 14) y también de sus tres encuentros personales con el Apóstol Pablo. Los dos primeros encuentros, con catorce años de distancia entre sí, se dieron ambos en la ciudad de Jerusalén y el último, altamente conflictivo, en la ciudad de Antioquia de Siria (Gal. 2: 11-14). Hay evidencia de que, posteriormente, el Apóstol Pedro habría de caer bajo la persecución en la propia capital del imperio donde se desempeñaba como Obispo para luego, finalmente, ser ejecutado. Según la tradición, los restos del Apóstol, fueron sepultados en una muy pequeña colina, en el mismo lugar donde, un mil quinientos años después, Miguel Angel levantaría la capilla de El Vaticano.

Desde el preciso comienzo de la iglesia apostólica y, en obediencia al mandato del Señor, el evangelio de Jesucristo se fue extendiendo por el mundo gentil. La “diáspora” del equipo apostólico no se hizo esperar demasiado pero, indudablemente, la tarea pionera (de vanguardia) fue asumida por Pablo y sus compañeros de viaje. De esto da testimonio el libro de “*Los Hechos de los Apóstoles*” y, en razón de tal trabajo misionero, San Pablo, conocido como “el Apóstol de los gentiles”, escribió sus cartas registradas en el Nuevo Testamento.

En una ocasión, el apóstol Pablo escribió una epístola a la iglesia fundada por él en el puerto griego de Corinto. En esa congregación se estaban formando grupos que se identificaban con liderazgos humanos como los representados por el propio Pablo, por Apolos y por Pedro!. Ante tal situación, el apóstol les pregunta en su carta: “*¿Acaso está Cristo dividido?*” (1ª. Cor. 1: 13), recordándoles, con firmeza, que ellos debían encontrar unidad en el único que por ellos fue crucificado y en el nombre del cual fueron luego bautizados: Jesucristo, El Señor!.

Esa doctrina de identificar a Pedro con “*la piedra*” sobre la cual se levanta la Iglesia de Jesucristo, entra en conflicto con el contexto escritural del pasaje, con el resto de la revelación bíblica y por supuesto, con las cartas del mismo apóstol Pedro!.

Lo cierto es que el Apóstol Pedro jamás pretendió ser “*la roca*” y jamás ejerció una función asociable a “**Supremo Obispo**” en la iglesia primitiva. De hecho, el Apóstol nunca fue calificado o señalado como tal por el resto de los apóstoles, ni por el Primer Concilio que se celebró en Jerusalén (presidido por el Apóstol Santiago) ni por las iglesias que se fueron fundando y expandiendo por el Asia Menor y a lo largo del Mediterráneo.

Cuando Pedro escribió su primera epístola, dirigida precisamente a los cristianos del Asia Menor, citó al profeta Isaías haciendo el siguiente énfasis: “*Acérquense, pues, al Señor, la piedra viva que los hombres desecharon, pero que para Dios es una piedra escogida y de mucho valor!*.” (1ª.

Pedro 2: 4)... agregando de seguido que: ***“De esta manera, Dios hará de ustedes, como piedras vivas, un templo espiritual, un sacerdocio santo, que por medio de Jesucristo ofrezca sacrificios espirituales, agradables a Dios.”*** (1ª. Pedro 2: 5).

Palabras similares a las ya citadas, había pronunciado en su valiente discurso cuando, junto al joven apóstol Juan, fueron arrestados por las autoridades de Jerusalén... En esa oportunidad, Pedro imprecó a los sacerdotes, a los saduceos, a los guardias del templo y a los “ancianos” del pueblo diciéndoles: ***“Este Jesús es la piedra que ustedes los constructores despreciaron, pero que se ha convertido en la piedra principal.”*** (Hechos 4: 11).

La iglesia primitiva, los Apóstoles y los patriarcas de la iglesia en los tres primeros siglos lo tuvieron pues bien claro: Jesucristo era ***“la roca”***, no Pedro ni ningún otro hombre, hijo de hombre.

Ciertamente, todo el grupo apostólico siempre fue conciente del hecho de haber recibido especial unción y especial autoridad por parte del Señor Jesucristo, pero es igualmente cierto que: ninguno de los Apóstoles, Pedro incluido, se consideró como ***“el mayor”*** ni se adjudicó para sí el rol de Supremo Magíster, Gran Pastor, Sumo Pontífice, Obispo Mayor o de portar el singular vicariato de Jesucristo aquí en la tierra.

Sin embargo, ésta y otras distorsiones han encontrado eco de dilatada resonancia en el mundo católico romano. Estas notas que escribo toman prestado el acertado título de una de las últimas novelas que escribiera el laureado literato venezolano Miguel Otero Silva y en cuyo contenido señala a Simón Pedro como ***“la piedra de basalto”*** sobre la cual el Señor Jesús fundó Su Iglesia. La novela en cuestión se titula, sin embargo, y para desconcierto de muchos, ***“La Piedra que era Cristo”***.

A riesgo de ser redundante, quiero pues, de nuevo, enfatizar que: la Iglesia de Jesucristo es, ante todo y por esencia, cristocéntrica... y así debe serlo, para llevar Su nombre. La construcción visible del proyecto de Dios se da en continuidad con el fundamento que subyace en su centro. Es una cuestión casi axiomática: la base norma el edificio. Si se substituye a Jesucristo por quien sea, se estará dando lugar a una variante idolátrica.

En la Biblia se nos dice que ***“unido a Cristo, todo el edificio va levantándose en todas y cada una de sus partes, hasta llegar a ser un templo consagrado y unido al Señor.”*** (Efe. 2: 25). Mal podría una construcción de esta naturaleza y carácter, tener por basamento a un hombre o a una mujer, por santos que éstos fueren...

Así las cosas, repetimos con el apóstol: ***“Nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, que es Jesucristo”***. (1ª. Cor. 3: 11). El es la razón de nuestra esperanza y por El podemos esperar, cual Abraham, ***“aquella ciudad que tiene bases firmes, de la cual Dios es arquitecto y constructor”***. (Heb. 11: 10).

Cambiar la Revelación Bíblica por la tradición eclesiástica es cambiar la Palabra de Dios, ***“entregada una sola vez a los santos”***, por añadiduras posteriores de humana ocurrencia. La historia secular registra la tortuosa línea y los sombríos episodios de esa herencia “sucesorial” aludida por la jerarquía vaticana. Páginas que, tal vez, sea mejor no revisar.

La base de la Iglesia de Jesucristo no fue ni puede ser ningún hombre de basalto o de barro, no importa cuál haya sido su vida, ni cuál haya sido su forma de muerte o cuál haya sido su lugar de entierro.

La base de la Iglesia de Jesucristo es Jesucristo mismo. El es *“la piedra escogida”* por Dios. El es la *“roca de la eternidad”* y por ello, el Apóstol Pedro cita de manera completa al profeta Isaías, recordándonos que: “...el que confía en ella, no será defraudado!.” (1ª Pedro 2: 6).

A. Víctor Cuadra E. **a.victorcuadra.e@gmail.com** 058 – 0241 – 8230055 y 8573716.

Valencia. Venezuela.